

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—TEATRO DEL BALON, por D. Francisco Flores Arenas.—UN BUEN NEGOCIO! por D. Eduardo Serrano Fatigati.—EL ASNO COJO, novela original por D. Manuel Fernandez y Gonzalez, conclusion.—EL TEATRO DE LA PUERTA DE SAN MARTIN.—GEROGLÍFICO.

TEATRO DEL BALON.

EL HIJO NATURAL, drama en cuatro actos y un prólogo. Original de Alejandro Dumas (hijo).

Nada parece mas fácil á muchos que el traducir un drama ó una comedia del francés. Con los cuatro palillos del aula, con un diccionario, y sobre todo, con una gran dosis de atrevimiento, compañero casi inseparable de la ignorancia, abren el cuaderno, cogen la pluma, y sueltan la locomotora aplastando en su camino al idioma castellano y al sentido comun. Hecho el trabajo con la rapidez de un buñuelo que se frie, buscan un editor que lo paga mal ó bien, pero siempre mejor de lo que ello vale, y se echan desatentados, á caza de otra obra que todavía tenga la fortuna de no haber sido estropeada por nadie.

Y sin embargo, ¡qué difícil es el traducir bien! ¡Qué pocos imitadores ha tenido Ventura Vega! No exigimos de todos su talento, porque eso fuera imposible, pero si fuera justo exigirles una de dos cosas: ó que lo hicieran medianamente siquiera, ó que no lo hicieran.

La índole de cada teatro no es, no puede ser siempre la misma. El que traduce letra á letra esté seguro de hacer una obra mala aunque el original sea bueno, porque los públicos, aun dado caso de que estén acordes en la esencia dramática, no lo están sino raras veces en el pormenor de las formas, sobre todo tratándose de un género que mas que otro alguno se aparta de las reglas de convencion que por mucho tiempo se han respetado en los teatros como las únicas verdaderas.

Estas ideas generales, sobre las que no es nuestro ánimo insistir por el momento, tienen su aplicacion al drama *El Hijo natural*, acerca del cual vamos á hacer algunas observaciones.

Supónese allí que Clara, costurera en París, se ha dejado seducir por un jóven llamado Carlos, á quien cree de poca fortuna y humilde nacimiento como ella, y que á pesar de sus constantes promesas dilatada de dia en dia su casamiento bajo pretesto de descalabros en su modesta fortuna. Producto de estos amores habia sido un niño, aun en muy tierna edad.

Despues de una ausencia de algunas semanas, Carlos se presenta en casa de Clara á manifestarle que sus negocios lo fuerzan á partir para América, donde permanecerá año y medio, dejándole entre tanto alguna cantidad de dinero para atender á su sustento y al de su hijo. Muchas lágrimas cuesta á aquella mujer una separacion tan larga, pero se resigna, porque no duda de esta nueva promesa. Sin embargo, un amigo quita la venda de sus ojos y le noticia que su amante la abandona para casarse con otra. Ella, en el colmo de la desesperacion, busca al pérfido y le arroja el dinero que de él acababa de recibir. Aquel hombre la habia engañado; era rico, era noble, pertenecia á una familia orgullosa.

Han pasado veinte años. Santiago, el hijo natural, es todo un cumplido caballero, una persona llena de talento y de honradez. Ignora su nacimiento: el apellido que lleva no es el de su padre: lo ha tomado de una posesion suya, porque es rico. Vamos á ver el cómo.

En la época del abandono de Carlos, vivia en la misma casa de Clara un jóven llamado Luciano, de corazon excelente, de gran fortuna, sin padres ni familia, y atacado de una enfermedad mortal. Los cuidados de Clara habian prolongado su vida por algun tiempo y dulcificado con la amistad sus últimos instantes, de manera que él, agradecido, le habia legado al morir sus cuantiosos bienes. Merced á esto, Santiago aspira á la mano de una jóven, llamada Herminia, de quien se hace amar con igual pasion de la que á su amante inspira. ¿Pero quién era aquella Herminia? Veámoslo.

La madre de Carlos, mujer orgullosa é infatuada con su nacimiento, habia tenido además otro hijo, el cual dejó al morir á una hija única y ya sin madre, la que fué encomendada al cuidado de su abuela. Herminia, por tanto, era sobrina de Carlos y

prima de Santiago; si bien, como se ha dicho, ámbos lo ignoraban.

Necesitamos, ante todo, dar á conocer á dos importantes personajes del drama. Es el uno el hermano de la vieja marquesa; un marqués lleno de buen sentido y de bondad, algo epigramático y burlesco, y que ríe soberanamente de las ridiculeces de su ilustre hermana. Es el otro Aristides, amigo desde la infancia de Clara, hombre honrado y leal, y notario de aquellos agudos y diestros que cortan un pelo en el aire. Es además padrino de Santiago.

Durante los amores de este con Herminia, la vieja marquesa ha estado ausente, y aquella al cuidado de su insignificante aunque buena tia, la esposa de Carlos. Así es que á su llegada se sorprende en extremo al oír que un joven, cuyo apellido no se halla inscrito entre los de la nobleza de Francia, ha sido admitido en su casa, y hasta ha osado poner los ojos en una nieta suya. El notario, sin embargo, viene á poner fuego á la mina, y presentándose á pedir la mano de Herminia para su ahijado, revela á la marquesa lo que este último ignora, á saber, que es hijo natural y que ella es su abuela. No hay que decir que es rehusado, con lo cual ya cuenta Aristides; pero era forzoso despejar del todo aquella posicion embarazosa, y el padrino, siguiendo la marcha de las revelaciones, hace saber á su ahijado lo que por tanto tiempo habia sido para él un misterio. Esto produce una explicacion cordial entre la madre y el hijo, y en su consecuencia corre Santiago á buscar á su padre.

Pero Carlos no habia tenido nunca corazon: era además vano, ambicioso y dominado por su madre. Todo es por el momento inútil. Sin embargo, su hijo, por recomendacion del marqués que le ama, es nombrado secretario del ministro, de quien es muy apreciado. Su padre anhela un título, y Santiago es adulado hasta por la misma marquesa. Al fin y no sin trabajo se consigue, y ya nada se opone á la realizacion de los deseos de ámbos amantes.

En este drama hemos creído encontrar al par grandes defectos y grandes bellezas que casi se compensan. La accion está agobiada de incidentes inútiles, de escenas ociosas. De aquí la desmesurada extension de la obra, extension que cansa, que fatiga. Hay en él circunstancias con poca destreza presentadas, como la de la herencia de Clara, puesto que ella da ocasion á Carlos á que la acuse delante de su hijo de haber dado lugar á sospechas en su conducta, toda vez que aceptando un legado tal de un joven, pudo creerse que no fué solo el agradecimiento quien lo dictó. Esta acusacion, que su hijo acoje, no da por otra parte ulterior resultado; pero es lo bastante á que los espectadores sospechen con algun fundamento de la virtud de la joven costurera, máxime cuando ya se ha visto que no era muy fuerte en defenderse de las tentaciones. ¿No habia mil medios de llegar al mismo resultado por mejor camino?

En cambio hay bellísimos caracteres, y estos desarrollados con superior talento y brillante pluma; el del marqués, el del notario, el de Herminia en un sentido; en otro el de la marquesa, y hasta cier-

to punto el del mismo Carlos, al que ha hecho mas despreciable que odioso. Aquí está, por tanto, toda la fuerza del drama; aquí está su defensa.

Si al traducirlo se hubiese tenido en cuenta todo esto, su accion, descargada de lo que la ahoga, habria parecido mejor. Los franceses no se asustan por dramas de legua y media; pero la índole de nuestros públicos hace que le parezcan fatigosos cuando son tan largos, y cuando se comprende que sin mengua del argumento pudieran muy bien acortarse.

El drama principió á las siete y media, y á las once y media no habia terminado aún. Restaba á aquella hora un largo baile, una pieza, otro baile, y los consiguientes intermedios. ¿A qué tanto?

La ejecucion escedió de regular, y si no fué mejor consistió en que por algunos se sabia mal el papel. Alguna disculpa tiene esta falta considerando que el trabajo era nuevo y que una compañía recién formada no es posible que tenga ya organizado un repertorio.

La Sra. Castillo (Doña Silveria) ha hecho progresos muy notables desde su última estancia en Cádiz, y en ello nos complacemos. Bien estuvo además la joven Castro y los Sres. Sanchez Albarran, Mendoza y aun Navarro, si bien el género especial de este último difiere del papel que á su cargo tuvo. Quisiéramos decir lo mismo de otros actores.

La entrada muy numerosa.

Dos palabras tenemos que decir en rectificacion de lo que en nuestro número anterior espresamos respecto á la compañía lírica que actuará en el Principal. Allí no mencionamos al Sr. Paccini como parte de ella, porque ignorábamos su ajuste. Ahora, mejor informados, decimos que el espresado distinguido barítono trabajará en union de los ya conocidos artistas que el público sabe. Esta es una buena noticia, porque el Sr. Paccini, además de un excelente y siempre aplaudido cantante, es una persona que nunca se niega al trabajo, y que es apreciado aquí por su simpático carácter.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

¡UN BUEN NEGOCIO!

En las grandes capitales de nuestra sociedad, esencialmente mercantil y especuladora, están en alza las frases bursátiles, y corren de boca en boca como el *non plus ultra* de la expresion y de la exactitud.

No dejareis con mucha frecuencia vuestros *domésticos lares*, sinó tropezais tal cual vez con algun *quidam*, que acercándose con misterio y gesticulando desaforadamente os espeta al oído la favofita frase:

¡Un buen negocio!

Y el prójimo tonto á quien se dirige el ataque (no son Vds. ni yo) en vez de contestarle.

—Buen provecho; hágase V. rico con él: que no se divulgue el secreto; suele decir imprudentemente: hombre!... cuál? veamos... espíquese V. ó cosa por el estilo.

Y cádate á Periquito hecho fraile, y á nuestro hombre embrollado, entre una nube de guarismos y de sumas y restas imaginarias, sin que tanto y tan concienzudo cálculo tenga otro objeto que resolver *el problema*, sobre su bolsillo, por el único sistema de la *sustraccion*.

Diréis que los buenos negocios deben forzosamente escasear, donde hay tantas manos abiertas, tantos ojos siempre en vela y tantas inteligencias aguzadas, para *desplumar* á todo *bicho* que se presente, ó para explorar cualquier idea, aunque sea bajo la antifilantropica forma de la *explotacion del hombre por el hombre*.

Diréis tambien que si los buenos negocios estuviesen así como quien dice á *puntapiés*, Madrid seria Jauja, y los *coronados* habitantes de la coronada villa Roschids en miniatura.

Pero, lectores míos, contais sin la huésped, y esa huésped es la abnegacion del prójimo.

¡Hay inteligencias que se dedican á pensar por sus semejantes y á presentarles á la boca la miel, ó sean las relucientes onzas á tiro de mirada!

De modo que, si se desperdician algunos de sus pensamientos ingeniosos, atrevidos y sobre todo *matemáticos*, la falta no recae de ninguna manera sobre los inventores ó socios industriales, sino sobre el escaso número de capitalistas *socios* ó sociables, que quieran anteponer su adjetivo al sustantivo.

Por desgracia tambien la abundancia de tales socios industriales no está en completa relacion con la de buenos negocios, hasta un punto tal que los supradichos ¡buenos negocios! puedan reducirse á muy pocas clases ya conocidas de todos.

Ejemplos al canto:

Compra de papeles mojados (es decir, créditos contra las repúblicas Americanas ó contra deudores sin vergüenza.)

Compra de papeles viejos (créditos contra el Estado destinados á dormir el profundo sueño del olvido.)

Acciones de minas (cuya riqueza es tan inagotable que no tiene fondo ni fondos.)

Préstamos sobre fincas que á despecho de la policía urbana, se vienen abajo apenas se verifica el préstamo.

Operaciones sobre granos (donde el viento ó el diablo se suele llevar el grano y dejar la paja.)

Y otras muchas de este calibre, cuyas ganancias saltan á la vista *dejándole á uno ciego*.

Lo que sucede con los negocios, sucede igualmente con los negociantes considerados como tipo. A pesar de su abundancia numérica, tiene un pelaje general que le hace dejarse ver de lejos.

Ved si nó sus señas daguerreotípicas.

Traje un tanto si es no es raído.

Cara chupada, como beata en día de ayuno.

Barba negra sucia, que da cierto aire de ferocidad á la fisonomía.

Ojos listos, penetrantes, incansables, que atraviesan la parte lateral del *chaleco*, como si fueran puñales aguzados.

Hambre moral, (la cual no excluye la física), y

consiste en la avidez de hacer carrera, aunque sea la de nuestras plazas de Africa.

Y por último, lenguaje seductor *aritmético*, facilidad en pronunciar diez mil palabras por minuto y un bolsillo mugriento bien repleto de papeles *idem*.....

Los hombres del buen negocio hacen el suyo generalmente en la Puerta del Sol.

Esse hervidero social de la española corte, verdadero mosaico de aficiones y fortunas, es el mejor sitio para nuestro hombre.

Allí donde se reunen las cabezas mas calculadoras de Madrid; allí donde todos tienen obligacion de pasar por *truchas* hay algunos *tencas*, que á trueque de hacer su papel se dejan vaciar el bolsillo á discrecion.

Y es de ver el aire conquistador con que dicen luego en el café á sus amigos:

—He concluido un buen negocio: ¡cien acciones de la *Indescifrable* á un descuento de 78 sobre el nominal! ¡Una completa gángal! Yo soy así cuando veo la ocasion no la desperdicio fácilmente.

Y al cabo de cuatro ó cinco dias el pobre hombre recibe por medio de los mismos amigos la noticia de la quiebra de la sociedad, y despues de perder mil reales en la famosa especulacion, tiene que convidar al café á sus burlones compañeros con los treinta reales que ha sacado de sus acciones! porque segun le dicen sonriendo, ¡no lo ha perdido todo.... y peor es morirse.... y rueda la bola!

Generalmente las víctimas de los buenos negocios no suelen ser grandes capitalistas, ni menos pensarlos.

Las fabulosas ganancias son el cebo de los poco *cebados* por la fortuna: esta trata con mucho cariño á los que mucho tienen.

Pero como la ambicion es una de las pasiones mas imperiosas, muchos caen en el *garlito* y los hombres de los buenos negocios comen á dos carrillos.

Hace pocos dias decia uno de ellos acaloradamente á cierto bobalicon D. Tadeo que yo conozco.

—Estamos en el momento preciso de hacer nuestra fortuna: ¡un negocio magno! Se quieren solamente mil reales.... una bicoca! para terminar una explotacion admirable: ¡carbon de piedra, hulla pura, liquito, cooke, depósitos inmensos, trabajos incansables, manantial de ferro-carriles.... en fin, Don Tadeo, Vd. ya sabe lo que es una mina de carbon.

Y con voz muy baja añadió:

—Se hipotecan al pago las pertenencias de la sociedad que ocupan trece leguas.

Mi hombre abre desmesuradamente los ojos.

—Y además se da una vigésima parte de las ganancias hasta el reembolso: quinientos reales mensuales, D. Tadeo, porque la mina produce hoy seis mil duros al año!

El buen sentido de D. Tadeo luchó algunos momentos con aquel torrente de promesas; pero al fin quedó ofuscado por la ambicion y.... pagó!!!

¿Preguntareisme ahora que cómo existen en nuestra sociedad esos tipos de bobería?

Esos son misterios muy hondos, queridos míos,

que no debemos penetrar so pena de incurrir en lo de la paja en el ojo ageno, &c., &c.

Contentémonos con rogar á Dios que no nos deje caer en la tentacion, ni en la Puerta del Sol, y pidámosle en cambio una serie de buenos negocios como los siguientes:

Una casa sin goteras y sin inquilinos que paguen mal.

Una academia sin vejees y con académicos que bien se quieran.

Un abogado y un médico que rueguen á Dios por la paz y la salud del género humano.

Y sobre todo, una niña de quince á veinte, de buen palmito, corazon de ángel, gran dote y grandes dotes, sin madre, parientes, ni perrito que la ladre, y que me quiera á mí como á todas os quiere, lectoras hermosísimas

EDUARDO SERRANO FATIGATI.

EL ASNO COJO.

NOVELA ORIGINAL

POR D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(CONCLUSION.)

—Oro! dijo Diego con un acento de asombro que hizo reír á Juan, cuando vió relucir sobre la mesa multitud de onzas.

—Esto es un regalo de mi capitán á quien salvé la vida, y yo os lo doy; casaos. Aquí hay doscientas onzas: con este dinero y algun cálculo podeis asegurar vuestro porvenir.

—Pero ¿y tú... dónde vas á ir, hermano?

—Yo? quién sabe! dijo Juan. Mira, Diego, es preciso, indispensable, que yo quede aquí solo.

Diego hizo una señal de inteligencia.

—Es preciso que Teresa vaya á pasar la noche...

—Casa de su maestra?... esto es, dijo Diego. Es preciso, señora Teresa, añadió dirigiéndose á la joven con cierto aire de misterio; con que así sígame Vd. de grado ó por fuerza.

—Pues yo digo que no salgo de aquí sin saber si...

—Teresa, es preciso, dijo Juan. Llévate ese dinero, hermana mia; y mañana....

—Pero....

—Mañana iré yo á recojértelo.

Teresa se dejó echar el oro en el bolsillo, mientras miraba á su hermano con las lágrimas en los ojos.

Entonces dieron las once en el reloj de Santo Tomás.

CAPITULO VII.

DESENLACE.

Juan acompañó á Diego y á su hermana hasta la bajada de la escalera, y se volvió pensativo á la guardilla.

Estaba solo consigo mismo; tenia en sus manos los hilos de una trama tenebrosa casi incomprensible para él, y sentia miedo por el resultado.

Solo quedaba una hora para que se decidiera su suerte. Esperó, ó por mejor decir, sufrió impaciente el para él lento paso del tiempo; sentíase con calentura; cada momento que trascurría le desanimaba mas y mas.

Al fin dieron en el mismo reloj de Santo Tomás las once y media; luego en el del Buen Suceso; despues, perdidas al lejos en el del Palacio real y en el de la Villa.

El aguacero habia crecido; algunos fugitivos relámpagos bañaban de una luz fria las rendijas del tragaluz de la guardilla; fuertes ráfagas de un silbador viento del Norte pasaban zumbando entre las chimeneas y bajaban en espiral hasta despararrar las cenizas del hogar.

Juan atento, aplicaba su oído esperando escuchar, en medio de las mil entonaciones de la tormenta, el rumor de los pasos de alguien que se dirigiese á la guardilla.

Avanzó el tiempo, y el viento trajo hasta él las distantes vibraciones de los relojes de Madrid, que marcaron las once y tres cuartos.

Juan se dejó caer sobre el arcon, dentro del cual gemia Pedrillo, que al sentir cerca de sí al jóven se atrevió á barbotar algunas frases.

—Juan, querido Juan, dijo con una voz quejumbrosa; sácame de aquí, y yo te ayudaré á salir del apurado lance en que te has metido.

El jóven no le oyó.

—Juan, insistió el asesino; estoy casi sofocado, los garbanzos se me meten en la carne, y el olor del tocino descompone mi estómago. Este es un calabozo que podría ser muy bueno para un perro, pero en el cual un hombre está terriblemente incómodo.

A pesar del estilo chocarrero de Pedrillo, Juan, aunque esta vez le oyó, permaneció impassible.

El encerrado por tercera vez volvió á la carga en una entonacion mas alta y desesperada.

—Juan, gritó, los que esperas no vendrán, porque tú no sabias los verdaderos medios para traerlos á tí; solo has logrado perderte perdiéndonos; abre, y yo me encargo del negocio.

Juan desesperaba ya de la Providencia, y por esta vez contestó á Pedrillo:

—Y de qué modo te compondrás?

—Ábreme; iremos á presentarnos al conde de Campomanes, y todo se aclarará; yo solo puedo desenlazar este enredo.

Juan se levantó, sacó de su bolsillo la llave del arcon, y ya la iba á poner en la cerradura cuando se oyeron ligeras pisadas en la escalera, luego dieron tímidamente un golpe en la puerta de la guardilla.

Juan guardó de nuevo la llave, y abrió el ventanillo de la puerta.

Sobre el oscuro fondo del pasadizo se destacaron los contornos de dos mujeres envueltas en largas mantillas.

—¿Es aquí donde vive, dijo una voz trémula y débil, un jóven que se llama Juan?

El cazador del Rey conoció, á pesar de lo alterado de su voz á Angela, y abrió.

Entró la joven, y tras de ella el ama de llaves Doña María, y la puerta volvió á cerrarse.

—Gracias, Angela, dijo Juan cuya voz temblaba de temor y de amor: gracias; no te esperaba ya.

Al ver á Juan de pié, cuando creía encontrarle agonizante, Angela dió un grito que revelaba la mas franca alegría; pero instantáneamente se repuso y se dirigió á la puerta.

—Basta, caballero, dijo; yo creía á Vd. digno del amor de una joven honrada; pero veo con dolor que ha cometido Vd. una infamia.

—Angela!

—Abra Vd.; déjeme Vd. salir.

—No abriré! Angela! es imposible: escúchame.

—Ah! no puede Vd.! Ha podido, sí, engañarme, sorprender mi corazón para traerme aquí en medio de la noche, á esta negra y nauseabunda guardilla, digno mechinál de un infame. Paso, caballero, paso!

—Negra y nauseabunda guardilla, exclamó Juan; es verdad, señora; ha asustado á Vd. la pobreza que filtra de estas paredes ennegrecidas por el humo de la miseria: ya se vé! la hermosa señorita, la rica joven acostumbrada á sus gabinetes entapizados de seda, se halla mal, muy mal aquí en este recinto miserable; y sin embargo, señora, aquí viven jóvenes tan hermosas como Vd., tan puras como Vd..., que tiemblan de frío y de hambre sobre un lecho de paja, y que sin embargo no renegarian del nombre de su amor, ni le echarian en cara su pobreza, ni le llamarían infame.

—Yo he venido á ver un moribundo, dijo con sarcasmo Angela; dónde está?

—Angela! Angela! espera un momento; van á dar las doce y todo lo sabrás.

—Misterios! bien; nada comprendo, sino que no debo permanecer aquí ni un solo momento.

—Permanecerás, Angela, porque yo te lo ruego. La joven se dirigió á la puerta; Juan se interpuso, y apoyó en ella sus espaldas.

Sonaron entonces las doce; el drama tocaba ya á su desenlace; y la situación de Juan se hacia cada vez mas difícil.

Angela obstinada en salir se exasperó; la dueña atónita, temblaba y callaba.

—Yo no puedo estar aquí; ábrame Vd., gritó Angela llorando, ó pido socorro.

Oyéronse pasos de muchos hombres en la escalera, Juan miró por el ventanillo, y vió pasar alumbrados por una linterna á un oficial con una veintena de soldados que fueron á agruparse en la oscuridad en el fondo del callejón. La linterna se apagó.

Angela, alentada por el conocimiento de que habia fuera quien la socorriese, y creyéndose perdida, gritó mas alto:

—Ábrame Vd., déjeme V. salir. Socorro! Aquí! Socorro!

Dieron entonces un golpe seco é imperioso á la puerta.

Juan abrió.

Un personaje alto, seco, con cabellos blancos, fisonomía severa y uniforme diplomático apareció á la puerta y entró solo.

Angela al verle dió un grito y se amparó de él. —Señor conde de Campomanes, exclamó, sálveme Vd!

—Cómo! ¿Acaso es Vd. el que me ha escrito revelándome un crimen y á quien encuentro ejerciendo el mas horrible de los atentados, la violencia á una joven?

—Las apariencias me condenan, contestó Juan temblando.

—Apariencias! Basta! Afortunadamente he llegado á tiempo.

Y el conde se dirigió á la puerta en ademán de llamar á la escolta que lo habia acompañado.

—Señor: en nombre de mi padre, exclamó Juan, asiendo un brazo del conde; escúcheme V. E.

El conde se deshizo de él bruscamente y avanzó en la misma direccion; pero en el momento que abrió la puerta, un hombre se precipitó en la guardilla, descompuesto, colérico.

Juan dió un grito de alegría: era D. Juan de Haro, que venia á consumir aquella horrible farsa, y se detuvo abarcando de una ojeada las personas que contenia la guardilla.

—Ah! estabas aquí, gritó encarándose á Angela. ¡Aquí, con tu infame seductor! añadió volviéndose á Campomanes; señor conde, es Vd. un infame.

Campomanes solo vió el ultraje; se puso pálido, y empuñó su espada.

—Sí, dijo D. Juan de Haro, satisfecho del giro que tomaba el negocio; pero no aquí; podrian creer que habia asesinado al virtuoso y justiciero fiscal del Consejo de Castilla. Salgamos.

—No saldrás, gritó Juan, sino para ir á un calabozo, miserable; asesino sin corazón, ha llegado tu hora.

Y le arrancó la espada, rompiéndola y arrojándola lejos de sí.

—Señor conde de Campomanes, añadió Juan: yo habia dicho á V. E. que se conspiraba contra el rey y contra el Estado.

El conspirador está aquí.

Y señaló á D. Juan de Haro.

—Le avisé, continuó, de que se atentaba contra la vida de V. E., y el asesino está aquí. Soy huérfano, mis padres han sido asesinados, y el miserable está aquí. Ahora pido justicia.

—Las pruebas!

Juan corrió al arcon, abrió y sacó á Pedrillo que se adelantó temblando.

—Quién es este hombre? le preguntó D. Juan.

Pedrillo, cogido en el lazo, acusó á D. Juan de Haro.

—Ahora bien, señor, continuó Juan dirigiéndose á Campomanes: V. E. tiene en su poder documentos que prueban mi identidad y los crímenes de estos dos hombres.

—Y se hará justicia, dijo gravemente Campomanes. Señora, añadió dirigiéndose á Angela, aterrada por lo que acababa de presenciarse; desde esta noche queda Vd. bajo mi tutela. Usted, D. Juan, dijo al joven, será presentado por mí á S. M.

En cuanto á V. E., como segun los documentos que existen en mi poder, resulta reo de asesinato,

de usurpación y de rebeldía, le arrestó en nombre del rey con su cómplice. Capitan! añadió dirigiéndose á la puerta.

El oficial entró.

—Asegure Vd. estos dos hombres, y condúzcalos Vd. á la cárcel de Córte.

A una señal del oficial los soldados entraron y rodearon á D. Juan de Haro y á Pedrillo; entre los soldados se deslizaron dos personajes ya conocidos del lector: Diego y Teresa.

—Qué es esto? dijo Diego, viendo que los soldados conducían á los dos presos; ¿aquí se prende?

—Calla, Diego, le dijo Juan al oído.

—Quién es este jóven? dijo Campomanes á Juan.

—Es el que será esposo de mi hermana, señor, contestó Juan.

—Cómo! ¿Has olvidado, hijo mio, añadió Campomanes tomando una mano de Juan, que mañana serás presentado en la corte como conde de Campo Rojo y grande de España?

—Señor conde, si él hubiera encontrado un tesoro, si le hubiera reconocido por su heredero un rey, se hubiera unido con Teresa.

—No, no, dijo Diego; yo soy un pobre autor de comedias y fabricante de mondadientes, y sería una mancha arrojada por una familia ilustre; y se echó á llorar.

—Todos aquí sois nobles y grandes, hijos míos, exclamó conmovido Campomanes; yo debí haberte conocido, D. Juan, porque eres un retrato de tu padre. Vamos, venid todos conmigo; mi coche espera, y no puedo permitir que permanezcáis aquí en esta miserable guardilla.

—Espere V. E., señor; yo no abandono mi caja, dijo Diego tomando la que contenía la tragedia y los mondadientes.

Teresa, en silencio, fué á la pared, despegó, de ella la estampa de la Virgen, y la guardó en el pecho.

Después salieron todos: la guardilla quedó abierta y desamparada, y se oyó el ruido de un coche que se alejaba.

EPILOGO.

Algunos dias después fué ahorcado en la plaza Mayor un hombre á quien nadie conocía. Su cómplice, que segun el vulgo era un gran personaje, se había envenenado.

Juan y Angela, Diego y Teresa, se casaron.

Juan bajaba todos los dias á sus caballerizas y le echaba por su misma mano el pienso á un asno cojo, que parecia avergonzarse entre los numerosos y magníficos caballos que le rodeaban.

Cuando le preguntaban la causa de tal distinción, contestaba siempre; Amigo mio, si este asno no hubiera sido cojo, y por consecuencia hubiera llegado antes del 31 de marzo del 58 á Madrid, no sería yo lo que soy, ni poseería la mujer mas pura y mas bonita de España.

El asno cojo se murió de viejo, y fué enterrado en una de las posesiones del conde.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

TEATRO DE LA PUERTA DE SAN MARTIN.

EL CABALLERO DE LA MONTAÑA. (*Le gentilhomme de la montagne*), drama por Alejandro Dumas.—LA DECORACION DE VERANO DE LA SALA.

Al propio tiempo que se inauguraba en el teatro de la Puerta de San Martin la decoracion de verano y que ha trasformado en un jardin lleno de flores y de fuentes la hermosa sala de este teatro, adonde hoy puede concurrir el público sin temor de ahogarse, gracias á esa feliz innovacion, digna de ser imitada, se estrenaba una nueva produccion del célebre Alejandro Dumas que ha inspirado á un escritor español la crítica que vamos á trasladar á nuestras columnas, tanto porque estamos conformes con lo que dice, como porque creemos será del agrado de nuestros lectores. Hé aquí este artículo que se titula "El vandalismo de Dumas."

No crean nuestros lectores al ver el epígrafe que antecede, que el vandalismo ó mas bien el bandidismo de Dumas es el que el celeberrimo escritor ha ejercido durante muchos años sobre el ingenio de muchos escritores fálto de dinero ó de pudor literario: el vandalismo de que hoy le acusamos, no es, no, áquel que le ha valido una inmensa reputacion literaria, de que le han despojado los tribunales para dársela á Maquet y otros; es el que viene ejerciendo hace muchos años sobre las costumbres, sobre la historia y sobre las inclinaciones españolas, despojándolas de su noble y verdadero carácter para darle otro miserable y falso. Para Dumas el tipo mas notable de la sociedad española es el bandido, y mas ó menos directamente, el bandido interviene siempre en los actos de esa misma sociedad.

No sabemos quién habrá imbuido á Dumas en las falsas ideas que de nuestro pais tiene, y por qué se complace en no ver en España mas que bandidos, gitanos é hidalgos tan repugnantes por lo ridículos, como los gitanos y los bandidos.

Hace algunos años vino Dumas á España, y como la imágen del bandido llenaba su pensamiento como la de las dueñas doloridas y los encantadores el de don Quijote, se le cayó el alma á los piés cuando llegó á Madrid sin haber encontrado ni un miserable ratero en las cien leguas que median entre la capital de España y el Pirineo.

Hallándose en Madrid, tratóse de obsequiarle con una cacería en los montes de Toledo, y sus esperanzas de dar al fin con los bandidos se reanimaron; pero no tardó en encontrar un nuevo desengaño, porque se le anunció que la guardia civil no habia dejado un bandido ni para un remedio.

Dumas se resignó entonces á inventarlos. Buscó un español con quien tenia bastante confianza y le dijo:

—Yo no quisiera irme de España sin presenciar siquiera un simulacro de bandidos. ¿Podiera Vd. encontrar media docena de hombres mal encaramados, que armados de manta y trabuco, nos asaltasen, robasen y maltratasen en el camino?

No es difícil encontrarlos, le contestó el español, pero costarán caros, porque se exponen á caer en poder de la guardia civil y á ser juzgados, no como bandidos de teatro, sino como bandidos de carretera.

—Por dinero no lo deje Vd.

Pocas horas despues puso nuestro compatriota en conocimiento de Dumas, que habia encontrado los bandidos, pero que exigian 20,000 reales.

Dumas, loco de alegría, aflojó esta cantidad: al día siguiente el autor del *Monte-Cristo* se encaminó con sus amigos á los montes de Toledo: pero ni á la ida ni á la vuelta los bandidos parecieron.

Dumas empezaba á sospechar que realmente los bandidos de mojiganga le habian robado, ganando sin exposicion los 20,000 reales; pero una mañana recibió por el correo interior una carta que decia:

"Muy señor mio: El adjunto recibo probará á Vd. que mi gente y yo le hemos probado á Vd. como Dios manda.

Besa á Vd. la mano. — *El capitán de los bandidos.*"

El recibo decia:

"*Tesorería de la junta de beneficencia de Madrid.* — He recibido la cantidad de veinte mil reales que M. Alejandro Dumas destina á los establecimientos benéficos de esta capital. Madrid, etc."

Esta leccioncita y otras mas elocuentes aun, debieran haber hecho á Dumas perder su afición á los bandidos españoles; pero se conoce que la monomanía de Dumas no tiene cura, y de ello es buena prueba el drama que con el título del *Caballero de la montaña* (*Le gentilhomme de la montagne*) ha hecho representar últimamente por primera vez en el teatro de la Puerta de San Martín de París.

Vamos á referir su argumento, haciendo notorios algunos de los muchos sapos y culebras que abundan en él, porque sabido es, que Alejandro Dumas ni siquiera se toma la molestia de abrir el calendario de los países donde coloca la accion de sus dramas ó sus novelas, antes de bautizar á sus personajes.

D. Fernando Cascados y Torillas está enamorado (ya pareció aquello) de una dama. Bajo el balcón de esta sorprende á un caballero; zis, zas, se bate con él y le mata.

Acusado de asesinato, se bate tambien con los alguaciles que le persiguen, toma soleta y se esconde en la *Sierra* (D. Alejandro dice *Sierra* en español. ¡Sisabe el picarillo!) En la *Sierra*, para entretenerse en algo, se dedica á organizar una partida de bandidos, lo cual proporciona á Dumas ocasion de birlar á Schiller dos actos de su drama *Los Bandidos*. D. Fernando vive *fraternamente* con una gitanilla sandunguera que se pirra por él. Un día pasan por la *Sierra* D. Velazquez (échele V. guindas al D.) y su hija Doña Carmen. D. Velazquez viene de Méjico donde se ha casado con una jóven de sangre real (¡oiga Vd!) y de esta union es Carmen el fruto.

Antes de partir para Méjico, con Velazquez queda á una jóven noble á quien dejó embarazada (ah tunante!) y de estos amores habia resultado un chi-

quillo en busca del cual iba el Sr. D. Velazquez á Granada, á donde acaba de llegar tambien el jóven rey D. Carlos, que muy pronto vá á llamarse Carlos V. Los bandidos detienen á D. Velazquez y su hija; pero cate Vd. que su capitán D. Fernando se enamora de Carmen y deja en libertad al padre y á la hija. D. Velazquez se larga, prometiendo al noble bandolero obtener su indulto, y Doña Carmen diciendo que no hay en la corte de España un caballero tan cumplido como el capitán de los bandidos. (Díjolo Blas y punto redondo). Poco despues los soldados del rey meten mano á los bandidos, matan una porcion de ellos, hacen á los restantes dispersarse en los bosques. (Adviértase que para Dumas España es un bosque continuo.)

Ginesta (por Dios, señor, llámela Vd. siquiera Ginesa), dice á D. Fernando: ¡chico, esto va malo! Yo voy á pedir al rey que te indulte. D. Fernando rabia de celos aparte y la deja ir. De un brinco nos plantamos en la cámara real donde el rey está echando pestes contra el bribon de D. Fernando. Hétele que sale D. Ruiz (ya se va emmendando!) padre de este con la consabida barba luenga y blanca y la consabida voz temblona, y se echa á los piés del rey pidiéndole gracia para el trueno de su hijo. El rey le despide con cajas destempladas. Poco despues entra D. Velazquez con la misma cancion y el rey le dice tambien nones; pero en atencion á que D. Velazquez es un gran marino le nombra Justicia mayor del reino.

Por último, y esta es la mas negra, entra la gitana en la cámara como Pedro por su casa. Yo soy *tu* (esta era de la escuela de D. Juan de Borbon) hermana. — ¡Canario! exclama el rey. ¿Mi hermana? A la prueba me remito. — Pues aquí está la prueba: una sortija de los duques de Borgoña y un pergamino escrito de puño y letra del duque Felipe el Hermoso tu padre y mio. — ¿Y qué es lo que quieres, prenda? — Para mí ni esto, responde la gitana mordiéndose la uña del dedo pulgar; pero quiero que perdones á D. Fernando. — Le perdono con dos condiciones: que quemes ese pergamino y me des esa sortija y te metas monja. — Toca esos cinco, dice la gitana en señal de asentimiento.

Ya tenemos á D. Fernando y su gentecilla indultados y paseándose por Granada como unos señores, ó mejor dicho como unos Hierros por Búrgos. Pero tan gordos eran los pecados del tal D. Fernando, que este salia de Málaga para entrar en Malagon. Debajo del balcón de Carmen encuentra á un tal D. Alvarez (ya escampal) que estaba perdido por la chica y se bate con él. El padre de Don Fernando quiere separar á los combatientes, y su hijo le arrea una bofetada que le hace ver las estrellas. Tratan de prender á D. Fernando, este se defiende como un leon, mata diez arqueros (¡atiza manco!) y toma las de Villadiego.

En aquel momento asoma por allí el rey (¡qué demonche de boton!), y al verle D. Juan grita: — Justicia, señor! — ¿Contra quién? — Contra mi hijo, que me ha dado un soplamocós. — El rey, que

es muy aficionado á sacar por el hilo la madeja, se adelanta al agujero del apuntador, y dice al público:—En España nunca un hijo ha cascado las liendres á su padre. D. Fernando se las ha cascado á D. Ruiz. Luego D. Ruiz no es padre de D. Fernando; ó lo que es lo mismo, D. Fernando no es hijo de D. Ruiz. En seguidita el rey, bulléndole los sesos con tal descubrimiento, se cuela en casa de D. Ruiz y dice á Doña Mercedes, madre de D. Fernando:

—Cuénteme Vd. su vida.—No me sale de las narices, contesta Doña Mercedes.—Confiese Vd. que Fernando no es hijo de su marido de Vd.—Si vuelve Vd. á decirme eso, le tiro aunque sea un demonio á la cara.—Confíeselo V. y salva á su hijo.—No me da la real gana.—Doña Mercedes quisiera salvar al chico, pero ha jurado á D. Ruiz no revelar nunca á nadie el secreto del nacimiento de Fernando y se calla como una muerta. De repente entra el ínclito D. Velazquez, se arrodilla á los piés del rey y grita:—Señor, si Mercedes ha jurado callar, yo que no tengo pelos en la lengua, hablaré: Fernando es mi hijo.

Aquello parece un pasadizo: en aquel instante entra D. Ruiz y dice al rey:—Señor, cuidadito con lo que haceis; porque si decís que Fernandillo no es mi hijo, deshonrais mi apellido que yo quisiera transmitir sin mancha á los hijos del hijo que no es mi hijo. (Al decir esto el público debe quererle comer al barba.) Perplejillo el rey entre el padre que no es el marido y el marido que no es el padre, no queriendo deshonrar á D. Ruiz, no queriendo jugar una mala partida á Doña Mercedes, no queriendo indultar á un parricida y no queriendo castigar á un calavera que no es parricida, se retira diciendo:—Mañana sabrán Vds. lo que he dispuesto.

Estamos en la plaza de Granada. A derecha el convento de la Visitacion donde Ginesta se ha metido monjita, y á izquierda la cárcel. Un heraldo de armas seguido de unos cuantos trompeteros anuncia al pueblo que D. Fernando ha sido condenado á muerte. ¡Buena la hemos hecho! D. Ruiz (que debiera llamarse Lucas Gomez) Doña Mercedes, Doña Carmen y D. Velazquez están que trinan. Los penitentes negros (¡ay qué miedo!) vienen á buscar al reo que marcha al suplicio seguido del verdugo armado de su hacha ó cortapescuezos.

El cadalso está entre bastidores. Se oye el ruido sordo de la hacha dando sobre el tajo, la multitud dice ¡Corror! á Doña Mercedes le da un patatús y el barba D. Ruiz grita:—¡está aviado como hay Dios el que fia en la justicia del rey!—El que juzga al rey sin oírle, dice el rey saliendo de entre la multitud, no sabe lo que se pesca. ¿Qué es lo que yo te prometí, grandísimo botarate? Quitar del medio á D. Fernando. D. Fernando ha muerto. Pero como el hijo de esta buena señora no es tu hijo, no he querido fastidiar á una madre porque su hijo diese un bofetón á un barba de tres al cuarto.

El hijo de mi señora Doña Mercedes vive aun, añade el rey. Al mismo tiempo levanta el capu-

chon de un penitente negro y aparece D. Fernando. El hombre á quien han cortado el gañote es un criminal de chicha y nabo.—D. Fernando, dice el rey, está V. muerto. Usted no tiene ya apellido. Yo nombro á D. Velazquez virey de Méjico. Acompañele V., y si quiere un apellido gánale V. con la punta de la espada (¡y por qué no con el filo?) En cuanto á tí, gitanilla sandunguera, hermana mia, añade el rey dirigiéndose á Ginesta, ya no eres gitana ni monja, eres duquesa de Villafior de la Sierra-Morena y Figueroas.

A tí, D. Alvarez de Herrera, te doy las rentas del señorío cuyo título pretendes, para que te las comas con la chica que mas te guste.—Fernandillo! exclama Ginesta alargando los cinco al muerto.—En aquel instante, chas, chas, suena un látigo, y cate V. que llega un correo de Francfort, anunciando al rey que le han hecho emperador de Alemania. Caen el telón, el público aplaude á rabiar, Dumas se embolsa buenos cuartos y el sentido comun llora como un becerro.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

La novela es libro de mero pasatiempo.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

